



Frutos de la palma de aceite: empleo formal y negocios inclusivos



CON EL APOYO DEL FONDO DE FOMENTO PALMERO



**Frutos de la
palma de aceite:
empleo formal y
negocios inclusivos**

FRUTOS DE LA PALMA DE ACEITE: EMPLEO FORMAL Y NEGOCIOS INCLUSIVOS

Publicación de la Federación Nacional de Cultivadores de Palma de Aceite,
Fedepalma, con el apoyo del Fondo de Fomento Palmero

JENS MESA DISHINGTON
Presidente Ejecutivo

ANDRÉS FELIPE GARCÍA AZUERO
Director Unidad de Planeación Sectorial y Desarrollo Sostenible

MYRIAM CAROLINA MARTÍNEZ CÁRDENAS
Líder Social

TATIANA PRETELT DE LA ESPRIELLA
Jefe de Comunicaciones

Coordinación Editorial

YOLANDA MORENO MUÑOZ | ESTEBAN MANTILLA

Autor

CARLOS GUSTAVO ÁLVAREZ GUZMÁN

Edición de Textos

MYRIAM CAROLINA MARTÍNEZ CÁRDENAS | FELIPE DAZA ALFONSO

Diseño: XIMENA DÍAZ ORTIZ

Impresión: PANAMERICANA FORMAS E IMPRESOS S.A.

ISBN: 978-958-5492-04-2

Fedepalma

Teléfono: (57-1) 313 8600 | www.fedepalma.org

Calle 98 # 70-91, piso 14 | Bogotá, Colombia

CONTENIDO

4



Introducción

11



Tumaco:
capítulo aparte

31



Y Dios creó
la bondad

39



Eres un ejemplo,
Teresa

47



La adversidad
derrotada

55



Y si tuviéramos
una casa...

63



La palma vista
con lupa

71



El propósito de una
vida mejor

Introducción

La FAO estima que más del 50 % de la tierra cultivable en el mundo (dentro de la frontera agrícola) está en siete países, siendo Colombia uno de ellos con 40 millones de hectáreas disponibles, de las cuales en la actualidad solo usa un 17,5 %.

Paradójicamente, la riqueza natural de Colombia como país con enorme potencial en el agro, contrasta con las debilidades estructurales y pobres condiciones de fomento al desarrollo de la capacidad productiva en el campo, toda vez que la política pública ha tenido, por décadas, un enfoque más propenso al desarrollo de las economías urbanas.

Según el DANE, el 88 % de las personas que viven en las zonas rurales se encuentran en la informalidad y más del 35 % de los habitantes de zonas rurales dispersas están bajo la línea de pobreza multidimensional. Esta compleja realidad y las precarias condiciones que enfrentan las iniciativas productivas del agro, son problemáticas que requieren soluciones basadas en políticas públicas diferenciadas y estructurales.

Por otra parte, no podemos olvidar que el desarrollo del agro colombiano se ha dado en lugares donde ni siquiera el Estado ha llegado. Se trata de territorios donde por décadas el Estado y la oferta institucional han estado ausentes o, en el mejor de los casos, muy deficientes. Como consecuencia de lo anterior, los sectores productivos lícitos no han tenido unas condiciones adecuadas para establecerse competitivamente en dichos territorios y, los que han surgido y se han mantenido, lo han hecho mediante un esfuerzo extraordinario.

Invertir en estas zonas es necesario para que sus poblaciones encuentren alternativas legales que les permitan generar ingresos ilícitos y vivir dignamente y, lo más importante, para que dejen de ser territorios aislados y susceptibles a engendrar actividades económicas ilegales. El fin del conflicto en Colombia solamente será una realidad cuando en el último rincón del país haya presencia del Estado y, sobre todo, de la actividad productiva privada que es la que realmente genera crecimiento, desarrollo, empleo y condiciones de vida dignas para los ciudadanos.

Avanzar hacia un país con mayor equidad e igualdad de oportunidades implica buscar una solución integral a las debilidades estructurales del campo colombiano, resaltando la importancia de vincular a la mayoría de la fuerza laboral del país en actividades productivas. Esto significa que los trabajadores rurales puedan devengar ingresos suficientes y sostenibles, accedan a los sistemas de protección social y se integren de forma exitosa a las cadenas productivas (DNP, 2018). Lo anterior se logra en tanto se promocionen más trabajos formales en el marco de los principios del trabajo decente¹. Con base en esto, integrar el desarrollo económico de las sociedades con los derechos laborales de las personas es un tema que desde la Organización Internacional del Trabajo (OIT) se ha venido construyendo y el cual, en gran medida, ha sido la piedra angular de la labor de esta organización desde sus inicios.

El trabajo decente se ha ido incluyendo en la agenda global como un tema de gran relevancia, cuya apuesta ha buscado la articulación del pensamiento de la OIT con los desafíos contemporáneos que plantea el objetivo de la justicia social (OIT, 2014). De esta manera, el mundo de las empresas y, en general, de cualquier actividad productiva, desempeña un papel fundamental en la generación de empleo de calidad a través de la promoción de mejores condiciones laborales y el desarrollo integral de sus colaboradores. Teniendo en cuenta esto, integrar esta visión como parte constitutiva del quehacer de las empresas, y su impacto en el desarrollo humano, implica observar la relación que existe entre las condiciones de empleabilidad y de vida de las personas, en donde el crecimiento económico se vea reflejado en progreso social.

1 Los principios y derechos fundamentales establecidos por las normas de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) son la libertad de asociación, reconocimiento efectivo del derecho de negociación colectiva, eliminación de todas las formas de trabajo forzoso, abolición del trabajo infantil y eliminación de la discriminación en materia de empleo y ocupación.

Como complemento a lo mencionado, algunos estudios, como los que viene adelantando la Organización de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), han reiterado y demostrado que aún existen desigualdades generalizadas que prevalecen entre clases económicas, zonas rurales y urbanas, regiones, grupos étnicos, y entre hombres y mujeres (FAO, 2017). Con base en esto, se observa que estas desigualdades han impactado de manera directa en el nivel de formalidad de los empleos, el cumplimiento del salario mínimo, la cobertura y calidad de los servicios en materia de protección social, y una falta de diálogo social que reconozca las principales necesidades de los trabajadores y sus contextos.

Ahora bien, en el mercado laboral de Colombia persisten brechas sociales, las cuales se han acentuado entre el mundo rural y el urbano, en donde lo rural ha presentado menores niveles de ocupación y mayores niveles de informalidad de acuerdo con las características de los trabajadores y su entorno (Fedesarrollo, 2017). Los retos del campo colombiano son grandes. Es por lo anterior que cobra cada vez más sentido realizar ejercicios de monitoreo que identifiquen avances y tareas pendientes en materia laboral rural, además de ser insumo para encausar acciones y diseñar políticas públicas que se ajusten al contexto de la ruralidad del país.

Por su parte, la agroindustria de la palma de aceite en Colombia está comprometida con la sostenibilidad. Se ha desarrollado bajo unas condiciones que la hacen única y diferenciada y que han generado importantes impactos positivos para el campo colombiano, tan azotado por el conflicto armado y debilidades estructurales.

La palma de aceite en Colombia aporta en 12 de los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS). En cuanto a la sostenibilidad social, la palma de aceite en Colombia contribuye al fin de la pobreza; trabajo decente y desarrollo económico; reducción de la desigualdad; y paz, justicia e instituciones sólidas.

El sector palmero colombiano también es ejemplo de negocios inclusivos. De los más de 6 mil palmicultores, más del 80 % son pequeños productores. La mayoría forman parte de cerca de 140 modelos asociativos y de negocios inclusivos en los que están integrados pequeños, medianos y grandes productores. Estos negocios han contribuido a que los pequeños productores mejoren sus ingresos y su calidad de vida;

accedan más fácilmente al crédito y a los incentivos; incrementen su capacidad de negociación y de comercialización; y mejoren su organización y sus capacidades empresariales.

Estas características del sector palmero colombiano hacen que contribuya significativamente a la superación de la pobreza rural. Un estudio realizado por el Departamento Nacional de Planeación (DNP) en 2016 encontró que los municipios más afectados por el conflicto armado en los que se han impulsado proyectos de palma de aceite tienen un ingreso per cápita 30 % mayor, frente a los municipios con el mismo nivel de conflicto, pero sin proyectos productivos de palma. A esto el DNP le denominó el Dividendo Social de la Palma.

La primera gran encuesta de empleo en el sector palmero, realizada en 2017 por Fedepalma y el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), muestra que el sector palmero es uno de los mayores generadores de empleo formal y de calidad en el campo colombiano. Las cifras reflejan un porcentaje de formalidad en el empleo directo de 82,4 % y un ingreso promedio de 1,5 veces el salario mínimo mensual legal. Estas condiciones son superiores a las que predominan en el campo colombiano; según el Observatorio Laboral de la Universidad del Rosario (2016), la informalidad en el campo alcanzó el 88 % en el año 2016. El total de empleos directos generados por la agroindustria de palma de aceite para 2016 fue de 67.672, y entre directos e indirectos fue de 170 mil.

Tener como marco la realidad rural del país permite observar y comparar esta con los resultados de la encuesta. Es importante destacar que el salario promedio en palma de aceite no solo fue de 1,5 veces el salario mínimo promedio nacional para 2016, sino 2,88 veces el salario promedio en zonas rurales. Esto indica que, una de las bondades de la actividad productiva de palma de aceite es la generación de un mayor nivel de ingresos para quienes se encuentran vinculados al sector, lo cual se refleja en mejores condiciones de vida para sus familias y su entorno.

Teniendo en cuenta lo anterior, este libro busca darle cara a los resultados obtenidos en la encuesta de empleo a través de la construcción de una serie de narrativas que son muestra del impacto del cultivo de palma de aceite en las personas, las familias y la comunidad. Por ello, la dignificación del trabajo será el eje transversal de las

crónicas que se muestran a continuación, en donde los protagonistas son personas que han logrado transformaciones en sus vidas gracias al cultivo de palma de aceite.

También es de suma importancia entender el contexto en el cual se desarrollan estas historias, debido a que la palma de aceite es uno de los cultivos que más comparte territorio con zonas de alta complejidad social en el país, escenarios en los cuales economías ilegales, problemas de orden público, un déficit en la provisión de bienes y servicios públicos, entre otros, son elementos que limitan el acceso a condiciones idóneas para el desarrollo de las comunidades y por tanto superar condiciones de vulnerabilidad. En este sentido, se presentan algunas historias que dan cuenta del aporte social de la palma de aceite y, específicamente, laboral, al desarrollo rural colombiano.

Así, personajes como Nelsy Zuliana Cortés y su esposo, Neizer Palacios, ubicados en el municipio de Tumaco, cuentan cómo a través del trabajo que vienen realizando con el cultivo de palma de aceite en su finca “La Esperanza”, han podido salir adelante con su familia siendo pequeños palmicultores en una región con altas dificultades (un precedente de Pudrición del cogollo generalizado en la zona, y una alta presencia de cultivos ilícitos). También está la historia de Daniel Cortés, igualmente de Tumaco, quien comparte las mismas complejidades de Nelsy Zuliana y Neizer, pero con un elemento adicional, el río. También está la historia de Teresa Peña, distinguida como la Mujer Palmera Campesina 2017 y reconocida por enseñar y compartir las buenas prácticas de su finca, además de ser una pedagoga que aporta a la educación en su entorno.

Por otro lado, está Dora Ligia Villamil, Mujer Palmera Campesina 2016, quien es un caso de superación y empeño, además de trabajar para crear espacios más sanos en su entorno. En Yarima, corregimiento de San Vicente de Chucurí, se encuentra la historia de la familia Preciado, quienes vienen de Tumaco y cuentan cómo, con el apoyo de empresas palmeras de la zona, pueden hoy en día tener un hogar, una casa. La historia de Juan Carlos Castillo, por su parte, muestra el arraigo y la felicidad de estar vinculado a la actividad palmera, quien a través de su trabajo promueve la importancia de implementar mejores prácticas en el marco de la Mesa Redonda de Aceite de Palma Sostenible (RSPO por sus siglas en inglés).

Los resultados mencionados y las historias contadas en este libro muestran un aporte significativo del sector palmero colombiano al desarrollo del país, como un actor que no solo dinamiza las economías regionales, sino que, además, propende por la formalidad y el desarrollo integral de los trabajadores vinculados a la agroindustria.

Por lo anterior, tanto el Gobierno, como organismos multilaterales y ONG vinculados a la búsqueda de soluciones para el posconflicto, consideran que la palma de aceite es uno de los cultivos con mayor potencial y oportunidades para la sustitución de cultivos y otras actividades ilícitas, y para la generación de ingresos estables para las poblaciones altamente afectadas por el conflicto.

Todas estas condiciones contribuyen a sustentar por qué la agroindustria de la palma de aceite en Colombia es única y diferenciada.



Parque Nariño, Tumaco

Tumaco: capítulo aparte

Zuliana Cortés, Julio Velásquez, Teóduo Daniel Cortés y José Pelayo Valencia son los frutos de la palma en este municipio de Nariño, al que la Pudrición del cogollo azotó con sevicia, pero en el que confluyen otras plagas como la violencia, el narcotráfico, el cultivo de la coca, el desempleo y sobre todo, el abandono del Estado.



Teóduo Daniel Cortés

Dicen que detrás de las palmas se anunciaron las llamas como si fueran un anticipo del infierno.

Y que el 21 de junio de 2015, el calor de la noche en el kilómetro 72 de la vía que conduce de Tumaco a Pasto se convirtió en un ardor de pánico.

La quebrada Pianulpí, que surte al Río Guisa, que a su vez vierte sus aguas en el majestuoso Río Mira –fuente del acueducto de Tumaco-, supuraba fuego y se agitaba en remolinos oscuros en la Vereda El Pinde.

En dos semanas, era el quinto atentado de las Farc contra la naturaleza y la comunidad de Tumaco.

Nelsy Zuliana Cortés Chuguizan no lo puede olvidar. Hoy lo cuenta mientras camina por las casi cuatro hectáreas de su finca La Esperanza.

Gabriel Vallejo, entonces Ministro de Medio Ambiente y Desarrollo Sostenible, y el Gobernador de Nariño Raúl Delgado, calificaron el ataque de las Farc al Oleoducto Trasandino –un tubo de 306 kilómetros de longitud por el que circula el petróleo desde Ecuador hasta Tumaco-, y el derrame de 410.000 galones de petróleo (10.000 barriles), como el daño ambiental más grande que había tenido el país en los últimos 10 años.

A solo 55 kilómetros está la bocatoma del acueducto de Tumaco. Tuvo que ser cerrada. Cerca de 160.000 personas se quedaron sin agua. La corriente se desplazaba a pesar de la espesura y el petróleo ya estaba a cinco kilómetros de la bahía. Era el desastre.

Y sin embargo, es la historia cotidiana en Tumaco. A la que asisten personas trabajadoras como la pequeña palmicultora Zuliana Cortés,



El Morro, Tumaco, Nariño

una de los mal calculados 90.000 pobladores rurales de este municipio agobiado, que copa 3.760 kilómetros cuadrados desde la punta de la isla que se adentra en el Mar Pacífico hasta este rincón de la carretera donde el mundo se incendió aquella noche.

De La Florida a Los Corales

Es domingo.

El bimotor ATR 72 que nos trae desde Cali en el vuelo AV 9421 aterriza puntual a las 16:18 en el Aeropuerto La Florida, de Tumaco. Viene con el cupo completo, como suele suceder con los contados itinerarios de Avianca y Satena, las únicas dos aerolíneas que prestan servicio en el puerto. Ambas tienen un toldo especial a pocos metros de la salida, para empacar los equipajes desmedidos o los menajes especiales, como las criaturas del mar que surten distintos restaurantes del país.

Nos dirigimos hacia el Hotel Los Corales inmersos en una soledad inusual. Pasamos frente a las enormes instalaciones de la Armada y de la Sociedad Portuaria. Tomamos por la Carrera 1ª y al llegar por la Calle 2ª a la Playa del Morro, parece que todo Tumaco se hubiera apretujado frente al mar. Y que fuera un lugar de parranda, salpicado por el sonido pugnaz de los microcomponentes que retumban por todas partes.

Un cálculo seguramente incierto fija en casi 115.000 el número de habitantes de la cabecera urbana de San Andrés de Tumaco, conocido como “La perla del Pacífico”. Sumados con los del área rural, que no serán contados con rigor en el Censo Nacional de Población y Vivienda 2018, tienen muchos problemas. Muchos.

Nariño es el departamento con más cultivos de coca en el país: 42.627 hectáreas (43 % del total nacional). Un poco más de la mitad de esa extensión está en Tumaco, alcanzando casi a Putumayo, que ocupa el segundo lugar con 25.162 hectáreas, en el listado de la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito–UNODC.



Tumaco, Nariño

La erradicación de cultivos ilícitos es uno de los pilares críticos del posconflicto. Según el Gobierno, en 2017 se firmaron acuerdos colectivos con cerca de 123.000 familias que se comprometieron a suplir sus sembrados. Reportaron tener 39.795 hectáreas de coca. La verificación de la UNODC las dejó en 15.611.

La masacre de ocho campesinos en octubre de 2017, empeñados en impedir que la Fuerza Pública erradicara sus cultivos, demostró que, por lo menos aquí, ese camino es un viacrucis. Pocos días después, organizaciones campesinas, cocaleras e indígenas se plantaron en un paro nacional contra la erradicación forzosa.

La competencia entre erradicación y resiembra no favorece a la primera. Las autoridades consideran que el éxito de su tarea arrolladora no llegará al 15 por ciento. En Caunapí, al borde de la carretera de 276 kilómetros que conduce a Pasto, los campesinos siembran cacao, pero disimulan islotes de coca. El rendimiento económico no es muy alentador. Una hectárea del primero les deja \$ 120.000. Con la segunda se embolsillan medio millón de pesos. Pero les daña la vida.

El narcotráfico, sin embargo, no es el único factor de perturbación. Tumaco cerró el 2017 con una tasa de homicidios que es tres veces la media nacional. Aquí hay broncas o alianzas funestas del ELN, el EPL, el Clan del Golfo, los Puntilleros y Los Pelusos. Hay disidencias de las columnas de las Farc, cuatro, por lo menos, que también van por lo suyo.

Aunque Tumaco es uno de los 21 municipios de Nariño, y de los 344 del país incluidos dentro de las Zonas Más Afectadas por el Conflicto Armado-ZOMAC, el proceso de redención es largo y va muy lento. Lento para una zona que además de los problemas mencionados tiene unos niveles de pobreza y desempleo que superan el 75 por ciento.

El gran factor de esta postración social es, sin duda, la ausencia del Estado. “Y es que, las necesidades básicas insatisfechas, la impunidad y la falta de oportunidades, en un territorio donde no hace presencia el Estado, componen el coctel perfecto para la violencia”, concluye un informe de la revista *Semana*.

La magnitud de esa radiografía mínima toca a la palma de aceite. Y permite entender la preocupación de Jens Mesa Dishington, Presidente Ejecutivo de la Federación Nacional de Cultivadores de Palma de Aceite,

Fedepalma, por la Zona Suroccidental del cultivo, la más rezagada del país. Refiriéndose a la patética parálisis de las actividades agrícolas lícitas en Tumaco, Mesa propuso estudiar “la puesta en marcha de un paquete de medidas y acciones, tipo un ‘Plan Marshall’, que cambie la dinámica de pobreza e informalidad en que está sumida esa población del Pacífico”.

No, a la mata maldita

“La palma es legal y no genera peligro”, asegura Nelsy Zuliana Cortés, sentada frente a la casa de sus padres muertos, que prácticamente acaba de heredar.

Cuenta que El Pinde es un arbolito. Da nombre a la vereda a la que acabamos de llegar en este lunes sombrío, luego de una travesía de fábula por la carretera Tumaco–Pasto.

La salida de la parte insular es parsimoniosa por el descomedido número de motocicletas, que son el medio de transporte predominante en todos los municipios de Colombia. Pasamos el puente El Pindo. Luego, la carretera. Aguaclara, Bucheli, Chilvi, Cajapí. Recogemos a Sonia Cuervo, verificadora de la Coordinación de Manejo Fitosanitario de Cenipalma.



Nelsy Zuliana Cortés Chuguizan



Neizer Palacios





Tumaco, Nariño

Las viviendas se afincan en asentamientos lacustres. Benito, el conductor, interrumpe con la salsa de su radio la hegemonía nacional del vallenato. Hay actividad en el Batallón de Selva No. 53. En general, se encuentran muchos soldados a lo largo del camino. Pero no dicen adiós. Ni levantan el dedo pulgar. Sus razones tendrán.

En Llorente, la carretera se apelmaza y se ahorca entre dos linderos de nutrido comercio. Difícilmente caben los carros. Uno de ida, uno de venida. Si acaso. El tiempo pasa. Nos roza una enorme flota de Transipiales. Una tractomula obedece a la prodigiosa pericia de su conductor. Y de repente, a paso de tortuga, una caravana de tanques Cascabel. Lo que faltaba...

Nelsy Zuliana Cortés Chuguizan (su mamá era ecuatoriana) no se asombra por eso. Tal vez por nada. Así es la gente buena de por acá. Tiene 37 años.

En 2010, su papá, Teófilo Cortés, sembró la palma de aceite con sus propios recursos en la tierra de “La Esperanza”. Fue una decisión valiente pero riesgosa. Desde 2007, la enfermedad de la Pudrición del cogollo (PC) se había propagado como un incendio voraz en las 36.934 hectáreas sembradas en el municipio de Tumaco. Esta carretera, estos lugares por los que hoy hemos transitado, sufrieron una hecatombe agrícola, económica, social.

El cultivo de la palma de aceite generaba alrededor de 6.800 empleos directos y unos 10.200 indirectos. La mitad de los sembrados eran de pequeños y medianos productores. De eso vivían. La PC los arruinó. Y generó preocupaciones de angustia. Que aumentaran los cultivos ilícitos era una de ellas...

El Instituto Colombiano Agropecuario–ICA declaró la emergencia sanitaria en marzo de 2011. La siembra del material híbrido, la polinización asistida y el esfuerzo de los palmicultores han hecho el milagro de recuperar la mitad de las hectáreas perdidas.

Teófilo Cortés falleció en 2013. Se lo llevó la diabetes. Martha Chugui-zan, su esposa, lo siguió en 2015. De tres hermanas, Zuliana es la mayor. Se encargó de las 3,9 hectáreas de “La Esperanza”.

La acompañó un hombre que ya conocía el manejo del cultivo. Neizer Palacios, su esposo delgado y alegre, aparece cuando ya hemos llegado a la parcela, a un kilómetro de la casa. Con él tiene dos niñas. Y comparte esta aventura valiente de ser pequeños palmicultores en esta zona espinosa y contra tantas adversidades.

Y sin embargo, aunque es claro que mucha gente vive de la coca, y los réditos económicos son insuficientes, Zuliana y Neizer tienen el valor de quedarse en la palma. De aferrarse, en lo que pueden y con lo que les alcanza, a las buenas prácticas de la Mesa Redonda de Aceite de Palma Sostenible (RSPO por su sigla en inglés). Las razones de ella tienen que ver con una fidelidad a la apuesta de su padre y a los valores que les transmitió. También a que cree que la coca es una mata maldita. Y que “la plata se la llevan los que procesan y no los que la cultivan”, dice. Se despide y vuelve a su casa para recoger el almuerzo y traérselo a Neizer que acaba de desaparecer entre el cultivo.

A La Brava

Daniel tiene el mismo apellido de Zuliana y los mismos problemas. Con un agravante: el río.

Hemos recorrido unos kilómetros hasta la vereda La Brava, donde se encuentra uno de los cabildos indígenas reconocidos en el municipio. La carretera destapada desemboca en una especie de taberna en la que suena a todo volumen la música de despecho que atenúa el fluir lánguido del Río Caunapí. El conductor nos pregunta en voz baja si nos vamos a demorar. ¿Por qué? Por la guerrilla, dice. Es tarde.

Sonia ha acordado aquí una cita con Teódulo Daniel Cortés. Es mediodía, y tal vez ese espacio propicio para siestas y descanso le da al sitio un aspecto fantasmal. Una mujer tiene abierta su tienda de la esquina. Hay dos jovencitas. Sentada, una de ellas, que no tiene más de 16 años, mece su embarazo.

Vamos hacia el río por otra salida, y a lo lejos, aparece remando Daniel. Rema con destreza en una canoa que tiene el ancho de un hilo. Tiene 55 años. Es un hombre alto, 1,87 metros de estatura, con una sonrisa conquistadora. Ata su barca y sube con sus botas amarillas por una pendiente de 45 grados. Lleva una camiseta blanca con un letrero negro: “¡Guerra nunca más Paz ya!”.

Su padre era carpintero. Cuenta naturalmente en su hablado cantarino que él y su madre los formaron a él y a sus hermanos con una tabla de valores de la que se siente orgulloso. Igual que Zuliana.

Hizo hasta 9º de bachillerato. Y se detuvo. Se volvió contratista en empleos de la palmicultura. Sembró palma entre 1995 y 1997. Dos hectáreas y media. La peste de la PC es algo más que un mal recuerdo. Es un silencio. Casi una lágrima. No puede describir todo lo que se vivió entonces por aquí.

La experiencia primera con el híbrido, la práctica meticulosa, la paciencia con la polinización asistida hicieron correr el rumor que “la palma no era pa'l pobre”. Casi saca la mano.

Entonces, exactamente el 10 de marzo de 2014, apareció en su vida un personaje al que se refiere como “la ingeniera Teresa”. Ella le infundió





una dosis de aliento que lo sostiene hoy y todavía le alumbra los ojos con un recuerdo feliz.

Hoy, que transita por el río con el fruto que recoge en las 5 hectáreas y media que cultiva. Ha llegado a tener producciones de 5.490 kilos con material La Cabaña e Indupalma. En las oficinas de Cenipalma -donde está el laboratorio en el que el fitopatólogo Dr. Gerardo Martínez López y su equipo libraron su querrela científica contra el *Rhynchophorus palmarum*, el insecto que ataca la palma con PC-, nos cuentan el otro lado de la moneda. A veces, Daniel trae los racimos gloriosos en su canoa laminar. Y un obstáculo artero se la voltea sin piedad. Lo pierde todo. Todo. La imagen de esa catástrofe nos produjo un silencio. Casi una lágrima.

En todo caso, cuando llega hasta acá, tiene que subir la pendiente con estos racimos pesados cargados en la espalda. Y esperar un transporte que muchas veces no llega. El tiempo es enemigo del racimo. Un día puede ser fatal. Lo sabe cuando llega a la extractora.

La existencia de asociaciones como Agrofortaleza y Agrocaunapí apunta a paliar esos padecimientos. Y llegar en otras condiciones a la entrega de su producto.

“Sí da, sí da -dice Daniel convencido sobre el valor del cultivo de la palma y su rechazo a todo contacto con la planta maldita-. Uno tiene que seguir las buenas prácticas”.

Nos despedimos. Mientras baja la pendiente de arena, leo en su camiseta “En Nariño todos por la paz”. Ojalá, Daniel. Monta en su barca. Zigzaguea por el río. Su figura esbelta subida en el listón dibuja una imagen de paisaje cuando vuelan las garzas. Tenga cuidado, buen hombre.

Viaje a “La arrinconada”

Al borde de la carretera, los frutos de la palma están formando un montículo.

Han pasado unos minutos después de las tres de la tarde y el sol ha barrido del cielo a las nubes brumosas que se habían apoderado del día.

El ingeniero acuífero de la Universidad de Nariño Julio Velásquez Pai llega en su moto Velásquez Pai hace parte del grupo de mestizos y blancos que son mayoría en Nariño, pero que en Tumaco, al igual que los indígenas, son minoría frente a la abrumadora población negra (88,8 %, en el Censo del 2005). Nació en el puerto en 1966 y sus padres son campesinos. Nos invita a dirigirnos a su plantación de palma de aceite, “que no queda muy lejos”, dice.

Lo seguimos. Nos devolvemos hacia Tumaco, kilómetro 39, La Espriella. Y de repente se abre ante nosotros una enorme vía en construcción. Es el proyecto La Espriella-Río Mataje, que conecta a Tumaco con Puerto Esmeraldas, en el Ecuador, y que hace parte de la Carretera Panamericana que lleva hasta Perú.

Son 14 los kilómetros de la carretera existente que este importante desarrollo vial mejora y pavimenta. Se completarán con 6 kilómetros de vía nueva. Incluye la construcción de puentes locales sobre los ríos Panambi, Pusbí, San Juan y Mira, y del puente internacional sobre el río Mataje, en Ecuador. El cultivo de la palma, la producción agrícola, en general, pueden verse enormemente beneficiados por esta conexión internacional.

Está bien ubicado el ingeniero Velásquez que, de pronto, se detiene al lado de la vía sin pavimentar y se lanza monte adentro. No para. Dos,

tres kilómetros. Y entonces se baja de su moto, la deja parqueada y nos invita a caminar hasta su finca bautizada con razón “La arrinconada”.

La historia de este hombre es una epopeya contra las enfermedades, las plagas. Trabajó 12 años en la industria camaronera hasta que irrumpió “el síndrome de la mancha blanca”. Entonces decidió hacer el tránsito del empleo a la independencia, y se vino para acá, a sembrar con palma y cacao dos hectáreas familiares.

Eso fue en 2007. Velásquez Pai se sostuvo por varias razones, especialmente por una indiscutible para su corazón: se había enamorado de esta tierra. Fue aumentando el área con terrenos cedidos por su hermano, y hoy tiene inventariadas un total de 12,6 hectáreas.

Se ha contenido con el cacao porque “es un cultivo que exige mucho juicio”. Cosecha un promedio de 8 toneladas de racimos de palma de aceite cada 21 días. Tiene tres caballos para transportarlas hasta la carretera. Y las hace llegar a la Extractora Santafe S.A.S., una de las cuatro plantas de beneficio de la zona.

El ingeniero Julio Velásquez Pai es también un pionero de las asociaciones. En mayúsculas se lee en el cartel de “La arrinconada” el nombre AGROFORTALEZA. Trabaja en conjunto con Cordeagropaz, una de las Unidades de Asistencia y Auditoría Técnica, Ambiental y Social-UAATAS promovidas por Cenipalma para transferir conocimiento y generar buenas prácticas entre los pequeños palmicultores. Buscan obtener mayores logros en productividad y sostenibilidad. Actualmente sus tareas de asistencia técnica llegan a 629 pequeños productores en 13 asociaciones. El nombre y las luchas de Velásquez acompañan también a Agropalma de Nariño S.A.S.

Velásquez Pai cuenta que esta no es una zona cocalera. Y en su convicción, aboga por el cultivo de la palma en esta tierra, a la que viene todos los días en su moto. Por eso le parece tan cerquita. Dice que los domingos arrima con su esposa, y a veces con sus dos hijos universitarios, a descansar en “La arrinconada”. Cuelga la hamaca y se toma unas cervezas, oyendo a los pájaros y disfrutando el murmullo vegetal de las palmas que ha trabajado durante 10 años.

“Hoy por hoy, yo me la juego por la palma de aceite –dijo en una entrevista publicada en el boletín *El Palmicultor*, septiembre de 2017-. Tanto así que, para mí, esta agroindustria está por encima de los cultivos ilícitos



Julio Velásquez Pai

que hay en Colombia, porque nosotros tenemos producciones pensadas para un promedio de treinta años, es decir, que a mis 51 años, las siembras que tengo en mi finca, son mi pensión”.

La soledad del corredor de fondo

El martes llueve en Tumaco. Y el cielo está deslucido, muy lejano del sol del ocaso que alcanzamos a ver cuando nos despedimos de Julio Velásquez Pai, y los insectos picadores comenzaron sus vuelos en las sombras.

Llegamos al kilómetro 36. El Carmen. Sonia, que ha coordinado las citas, encuentra dificultad para comunicarse con José Pelayo Valencia García. Es un pequeño palmicultor de 49 años. Ya viene llegando de su parcela a la casa de una pariente suya. Cuando aparece, se revela como un hombre sencillo y jovial. Está buscando empleo porque con lo que le da la palma no le alcanza para llevar el bienestar a su esposa y a sus dos hijos.

José ha estudiado, y aún ahora, busca materias que aprender. Terminó el bachillerato hace tres años. Es Técnico del SENA. Y adelanta un Diplo-



José Pelayo Valencia

mado en Cátedra de Paz. Su papá era empleado del ICA. Por esas razones que se llaman “vueltas de la vida”, él tuvo que dejar sus estudios a los 12 años y ayudar en la manutención de sus hermanos.

Con la palma de aceite comenzó en la Corporación Colombiana de Investigaciones Agropecuarias–Corpoica. Después, un día en que eso se acabó, se paró en la entrada de Palmas de Tumaco S.A.S., fundada en 1977 y cuya planta extractora comenzó a funcionar en 1985. Allí lo encontró Juan Escrucería, Superintendente de la empresa, quien respondió al llamado “doctor, ayúdeme, necesito trabajo”. José no para de agradecerle la oportunidad que le brindó. Y cómo comenzó a trabajar gracias al apoyo de Luz Irene Pinzón Andersson, la brillante Jefe de Sanidad Vegetal.

Escrucería era un convencido del valor de la actividad deportiva. José eligió el atletismo. Tiene las piernas largas y es delgado como una gacela. Se hizo un corredor de fondo. Y en 1990, llegó a los IV Juegos del Litoral Pacífico en Buenaventura. Y hubiera seguido en la pista si no es porque un día, el fútbol, que también lo tentaba como buen tumaqueño, le puso una zancadilla. La lesión en el fémur lo apartó del deporte. Cuando camina metido en sus botas pantaneras negras, se le nota la lesión en su pierna derecha.

Con una plata que ahorró gracias a prácticas adelantadas en Ceni-palma, dice, compró sus primeras hectárea y media. Hoy tiene cuatro y media, a muy pocos metros de la vía Tumaco–Pasto.

Epílogo

Al terminar este viaje por Colombia en busca de “los frutos de la palma”, se conoció la producción de aceite de palma crudo en 2017. Fedepalma reveló la cifra de 1.632.667 toneladas. Tienen un valor estimado de 3,3 billones de pesos.

“La productividad de los cultivos de palma ha llevado a que el rendimiento promedio nacional alcance las 3,8 toneladas de aceite por hectárea”, refiere la información. Esa cifra supera el promedio mundial. Colombia marcha junto a los países líderes del cultivo como Indonesia y Malasia.

¿Cómo hacer que ese progreso se refleje en la Zona Suroccidental, más exactamente en Tumaco? Ante el tsunami de violencia que azota la región, la alteración del orden público y la disparada de los cultivos de coca, que no dejan ni trabajar ni producir normalmente, Jens Mesa Dishington no cesa de reclamar una acción definitiva del gobierno central.

Desde muchos sectores se advierte que cualquier intervención militar, inevitable por la monumentalidad de la delincuencia que se ensaña con Tumaco -disputándose con crueldad, sangre, muerte hasta el mínimo reducto-, debe acompañarse de una contundente acción social.

La presencia del Estado debe abarcar cumplida y seriamente las acciones de erradicación forzada de sembrados ilícitos, los planes de sustitución de cultivos, el trabajo en las vías terciarias y una verdadera visión de posconflicto llevando salud, educación y esperanza a las zonas apartadas.

“Los pequeños palmicultores, en su esquema de asociatividad, también han sido muy valientes porque han persistido y ya en Tumaco de las 35.000 hectáreas que se perdieron en su momento por la PC, se ha recuperado la siembra de 18.000 hectáreas aproximadamente –sostuvo

el Presidente Ejecutivo de Fedepalma, en una visita que realizó dos meses antes de este viaje- . Los productores, aún en medio de las dificultades, no abandonan sus fincas y representan una población trabajadora que prefiere una actividad legal con la cual sacar adelante a sus familias y empleados y no tener que esconderse de la ley”.

Parecía que les estaba hablando a Zuliana, a Julio, a Daniel y a José Pelayo. A cientos de pequeños palmicultores. Que al igual que Tumaco, y sus habitantes, en general, merecen dejar de ser un capítulo aparte en este país.



Río Mira, Tumaco



Río Mira, Tumaco

Y Dios creó la bondad

Campo Elías Alvernia Jaime es la mano derecha de Teresa Peña, Mujer Palmera Campesina 2017, su colaborador más leal, dotado de una buena condición humana, que convierte en amor por la palma de aceite.



Campo Elías Alvernia Jaime

Campo Elías Alvernia Jaime entró de improviso en el corredor amplio de la casa de Teresa Peña que conduce a la cocina, en la Finca Santa María. Tenía el torso desnudo y húmedo, y llevaba entre los brazos a un camuro sangrante.

Con el cuidado de un pastor amoroso lo puso en un rinconcito y alcanzó a gritar que iba por la hembra, que estaba embarazada y también había sido atacada por los perros. Volvió con ella, que temblaba y tenía una mancha roja. La puso al lado del macho, la acarició y dijo que afortunadamente las heridas podrían curarse y los animalitos podrían recuperarse.

Entonces contó que mientras almorzaba, con la vista de la plantación entre el sopor de un espejismo, escuchó las primeras dentelladas, los balidos angustiosos de los camuros u ovejas de tierra caliente. Entonces supo que los perros salvajes habían vuelto y se lanzó despavorido pero seguro hacia los límites de la plantación para arrancarles de sus fauces a los animales que tanto ama.

Así es Campo Elías

Esa visión, como el espíritu que animó el rescate de los camuros y el peligroso enfrentamiento con los sabuesos, reflejan la personalidad de Campo Elías, la mano derecha de Teresa Peña.

Desde hace dos años es su colaborador más cercano, pero sobre todo su admirador irredento, su trabajador más leal y abnegado, su apoyo incondicional.

Nació hace 32 años a 319 kilómetros de aquí, en San Martín, Cesar. Tiene a su hogar en los ojos, en sus maneras, en el tono suave de su voz. Campesinos, sus padres eran cristianos. La iglesia fue el colegio de su infancia. Campo Elías es, sin duda, sus raíces.

Salió de su pueblo azotado por el látigo de la violencia, tan ajeno a un hombre que abraza su corazón en un versículo de paz. Era albañil. Se fue

Juan Antonio Morales, Teresa Peña Corredor, Campo Elías Alvernia Jaime



para Cúcuta, y luego a Venezuela, donde vive y desde donde se desplaza todos los días a la plantación, como miles de personas en la frontera porosa del municipio de Tibú.

Llegó a la Finca Santa María, y entró en el ámbito acogedor de Teresa Peña, Mujer Palmera Campesina 2017, por un período de tres meses. Se quedó. Va a completar 2 años.

-Ella es lo mejor de lo mejor –dice, en un acento tierno y fronterizo-. Nos demoraríamos un día completo en describirla como es.

No se equivoca. A partir de trabajar para Teresa, de relacionarse con la palma de aceite y con este germen de finca integral, del que hacen parte los camuros rescatados de la furia perruna, la vida de Campo Elías Alvernia cambió como tocada por un rayo súbito.

Frutos y beneficios

Nada de lo que hace aquí, ni de lo que practica, lo había visto y realizado en su vida.

Aquí aprendió la seguridad y el uso de sus elementos. Las polainas, las gafas, el casco, los guantes. Indispensables. Laborar pegados a la tierra y entre la hojarasca pone a los trabajadores de la palma, a los campesinos, en general, a merced de riesgos letales. Las culebras, los insectos de picaduras urticantes, la ponzoña de las arañas...

La seguridad de los implementos es un salvavidas.

Lo mismo es estar afiliado al sistema de salud, uno de los requisitos mínimos que Teresa Peña establece con cariño. Su importancia la supo Campo Elías el día que resultó con una herida y fue llevado de urgencias a Tibú. La EPS lo atendió de inmediato.

Ese seguro se extiende a su esposa y a sus dos pequeños hijos, a su familia que ya se relaciona en términos de afecto y convivencia con la familia de Teresa.



Con sus conocimientos de albañilería le ha ayudado a su “patrona” a levantar su casa maravillosa, que se yergue altiva e incansable sin importar el tiempo que necesitará para ser como ella la sueña.

Para él, también es un sueño tener una casa aquí en Colombia, cerquita de este sitio al que llega con el sol todos los días y en el que trabaja hasta las tres de la tarde. Tendrá su casa, con la ayuda de Dios, dice, de su patrona, y de esta buena situación económica que le ha brindado trabajar con la palma de aceite, y que ya le ha dado para vivir bien y comprar dos motos, el vehículo de los municipios colombianos.

Cordero de Dios

El testimonio de Campo Elías Alvernia en el video que Teresa Peña envió al concurso de la Mujer Palmera Campesina, fue un factor decisivo para su triunfo.



A todos impresionó el tono de este hombre pacífico, la forma cómo se refería a su “patrona”, la bondad que irradiaba su dicha. Por eso es, también, uno de “los frutos de la palma”.

Así es siempre Campo Elías Alvernia. A las plantas las llama “las maticas” y les habla en el ejercicio de una amistad que tiene con cada una de ellas. Guadaña, fumiga, cosecha conversándoles, consintiéndolas. Ni se diga cómo trata a los animales. Para él, todas son criaturas de Dios.

Por eso cuando entró jadeante con el camuro herido, no fue difícil imaginar que para el animalito que traía en sus brazos también tenía una oración en su boca.



Finca Santa María, Tibú



Catatumbo, Norte de Santander

Eres un ejemplo, Teresa

Distinguida como la Mujer Palmera Campesina 2017, esta joven señora admirable tiene en su Finca Santa María, en el Municipio de Tibú, un verdadero laboratorio de buenas prácticas, enmarcado en criterios de sostenibilidad y animado por la fe en el cultivo de la palma.



Escuchó un ruido como del fin del mundo, un estruendo vegetal en la tierra de sus 10 hectáreas sembradas de palma de aceite.

El ruido de larvas urticantes de euclea la expulsó del sueño.

Porque Teresa Peña Corredor estaba pensando en ponerse bonita con su vestido amarillo y su sonrisa de victoria imbatible, viéndose en Barranquilla en el Concurso de la Mujer Palmera Campesina 2017, en el que había quedado finalista.

Y sin embargo, todo parecía consumirse en este espacio de la Finca Santa María, a 45 kilómetros de Tibú, un municipio de Norte de Santander tan fronterizo con la República Bolivariana de Venezuela que parece un territorio común.

La voluntad, el carácter y la prontitud que caracterizan a Teresa se enfrentaron inmediatamente a la plaga. Y en los días siguientes comenzó a convertir en estertor la voracidad de esos devoradores de follaje.

Hizo una maleta tan sencilla y elocuente como su propia vida. Y con su esposo Juan Antonio Morales se fue al XLV Congreso Nacional de Cultivadores de Palma de Aceite en la capital del Atlántico, a esperar en esa noche del 7 de junio, junto a una mujer de Cumaral y otra de María La Baja, el resultado de la elección.

Esta mujer maciza de 37 años cuenta ese infortunio de una forma natural, cotidiana, que así ha aprendido a tratar a la adversidad. Prefiere regocijarse en el transcurso de esa noche en que fue elegida Mujer Palmera Campesina 2017, y ella la vivió como si se hubiera ganado un

Premio India Catalina. Y repite “feliz, feliz”, para describir cómo se sintió, mientras el sol comienza a arder en este día de noviembre, y hay que buscar el fresco en el frente del corredor en L de la casa que ha construido con una paciencia bíblica.

Teresa en la tierra del fuego

Este jueves 23 de noviembre de 2017 hemos salido temprano de Cúcuta. Son 125 kilómetros hasta Tibú. El conductor de la camioneta Volkswagen Amarok que nos recoge se llama Jonathan y tiene una contundente reserva de música vallenata para aliviar los largos recorridos por estas carreteras sinuosas.



Finca Santa María, Tibú



MULHER PAI MEIRA 2017

Cúcuta ha cambiado. La migración desaforada de ciudadanos venezolanos que buscan aliviar los desasosiegos de su patria tiene a la ciudad en ascuas. Cuando pasamos, se están despertando en las calles, venden cualquier cosa en los semáforos, rebuscan...

Hasta El Zulia, la carretera se deja recorrer. A lado y lado, como en las vías de una misma Colombia, hay botellas de gaseosa, comida del camino, señales...

De repente, todo cambia. La carretera se torna áspera y pedregosa. Las botellas resultan envasadas de gasolina o de “Meromacho”, un afrodisíaco colgado de cabuyas en largas hileras. Se siente la entrada al Catatumbo, el accionar de los “pimpineros”, los recuerdos de La Gabarra y El Tarra, la caldera del diablo que era el territorio asediado por la guerrilla, los paramilitares, las bandas criminales y los narcotraficantes. “Cada rato le dan al tubo”, dice el conductor, refiriéndose al incesante accionar del ELN sobre el oleoducto Caño Limón - Coveñas.

Designado como un Territorio de Paz, este jueves comienzan en el municipio las ferias y fiestas de San Luis Beltrán y 40 años de Tibú y el primer reinado departamental de la palma. Por fin hay ejército a la entrada de Ecopetrol y en las calles efervescentes que preludian el festejo. Vehículos improvisados recogen a los compatriotas venezolanos para llevarlos al trabajo o a buscarlo... Como sea.

Y con la clave de hallar la finca Santa María y a Teresa muy cerca de la escuela de La Soledad, nos detenemos en su Paraíso presidido por las fotos de sus hijos Juan José y Juan Andrés, y las premisas de compromiso con la RSPO (Mesa Redonda de Aceite de Palma Sostenible) que están al alcance de sus prácticas obsesivas de seguridad y cuidados.

El sueño comienza aquí

Teresa es reconocida en la zona como una pequeña palmicultora ejemplar. Antes de ser elegida Mujer Palmera Campesina 2017 venían a visitarla para saber cómo hacía sus cosas. Después, ni se diga...

Enseñar, compartir, asociar en torno a la forma correcta de tratar el cultivo de la palma es su obsesión. Quiere que todos sepan cómo lo ha logrado. Cómo se esfuerza por tener una granja integral, lo que ya está cumpliendo en medio de una multiplicación de animales que la hacen parecer un Arca de Noé. Es una pedagoga natural, que ejerce una especie de apostolado ayudando a los niños circunvecinos a hacer las tareas y enseñándoles hábitos de higiene y aseo.

No hay duda. Desde la entrada hay llamados a la seguridad y las buenas prácticas. Con una imagen de sus hijos –el mayor, Juan Morales tiene el imprescindible machete colgado en la cintura, aunque sea la mitad de su estatura-, se establecen las “Normas para ingresar a la Finca Santa María”. Está prohibido acceder sin autorización o bajo el efecto de las drogas, no se puede fumar ni arrojar basura y hay que usar la ropa adecuada. El aviso tiene como sello el lema “Comprometidos con la sostenibilidad”.



Premio Mujer Palmera Campesina 2017, XLV Congreso Nacional de Cultivadores de Palma de Aceite, Barranquilla

Y antes de pasar a la promisoriosa extensión de palmeras, está la fachada en el pañete ocre de su gran casa que literalmente ha construido ladrillo por ladrillo, y en la que está pormenorizada su memoria de orgullo y su rutina de prevenciones.

Al frente de la entrada, la pared de los diplomas. De ella, de su esposo, de sus hijos. Es como si quisiera guardar constancia de todo lo que han hecho. Orgullo. A la izquierda, fotos y recortes del momento estelar de su elección como Mujer Palmera Campesina.

Es una estación hacia el destino de su oficina, a la que Teresa Peña Corredor invita entusiasta. Ahí está el plano de la Finca Ponderosa –nombre que propicia el recuerdo de los Cartwright y de “Bonanza”, la serie de TV, ¡hace ya 45 años!-, un mapa que guarda en un cuadrito las hectáreas propias de Teresa.

Y un dibujito de su hijo Juan José, que resume en cuatro figuras el espíritu que los une. Se titula “La familia Morales Peña” y no deja dudas sobre su papel: cuidar, dar de comer y proteger de todo peligro.

Eso hace Teresa con sus trabajadores. De los cuales, el más emblemático y fiel es Campo Elías Alvernia Jaime. Su testimonio en el video sobre Teresa que envió al concurso de la Mujer Palmera Campesina fue conmovedor. Resguardado con todos los elementos de seguridad que Teresa le ha suministrado para proteger su salud, Campo Elías parece un “Robocop de la palma”. Muestra airoso sus polainas, las gafas, el casco, los guantes... Pero sobre todo, la admiración que siente por “la patrona”.

Por donde vaya uno, encuentra advertencias de seguridad, incluso contra los zuros o las serpientes. Así es Teresa. Está estudiando Administración en Salud Ocupacional. Y dice que va a llenar el corredor en L de su casa de ensueño, de personas a las que pueda enseñar.

Lo logrará. Como casi todo lo que se propone. Con Fe y coraje. Con paciencia. Con el mismo valor que se enfrentó al bullicio mortífero de la euclea. Y con el entusiasmo que se atavió ese día de junio con su vestido amarillo, y sonrió feliz, feliz, mientras sostenía en sus manos el diploma triunfal de la mujer palmera.



Tibú, Norte de Santander

La adversidad derrotada

*Dora Ligia Villamil Lozano,
Mujer Palmera Campesina 2016,
es un caso de superación y
empeño en tener una vida mejor,
que ha recibido oportunidades
del sector y de Guaicaramo S.A.,
donde trabaja, y desde donde
se proyecta para ayudar sin
descanso a los demás.*



Dora Ligia Villamil Lozano

Puede ser tres personas distintas y una sola mujer verdadera.

La jugadora de fútbol, con la camiseta rosada, posando orgullosa para el torneo que organiza la Corporación Deportiva y Social Real Villanueva, que ella creó y lidera.

La Auditora de Cosecha y Mantenimiento de Guaicaramo S.A., a quien desde hace cinco años le corresponde supervisar 1.245 hectáreas de las 10.000 de la plantación, y dirigir 85 personas, de las casi 1.000 que trabajan aquí, y es severa y estricta enfundada en su camisa verde, sus bluyines y sus botas.

La dama elegante que con un vestido blanco de ribetes negros recibió en Bucaramanga el premio a la Mujer Palmera Campesina 2016, la primera de la vistosa Zona Oriental que rompía la hegemonía del Norte y del Centro, brillante en su juventud de 36 años.

La mujer verdadera es Dora Ligia Villamil Lozano, de Villanueva, Departamento de Casanare, donde nació y vive pasando el Río Upía, en el centro del cual este se separa del Departamento del Meta

Nos encontramos en la cafetería de Guaicaramo, que se llama así por el cerro tutelar que cercano a la plantación preside el piedemonte llanero en el bajo Upía. Dora viene de la oficina, de su módulo en el que tiene adheridos dibujos y colorines de su hijo de 12 años y de su niña de nueve, sus razones de vida.



Hacienda Guaicaramo, Barranca de Upía, Meta

En la cartelera de la empresa hay un aviso de felicitación para Dora. Se trata de un “Click Informativo” en el que se reseña el premio que la Organización Gazetas entregó el 15 de noviembre de 2017 en el Teatro Patria, de Bogotá, a “los mejores de nuestro país”. Nada qué hacer. Su nombre ya hace parte de una larga lista, y está al lado de Luis Carlos Sarmiento Angulo, Rodolfo Llinás y otros compatriotas notables.

Así es ella. Ni deja de sorprender, ni deja de sonar su radio transmisor desde el que le reportan las actividades que ya van a terminar en la tarde de este lunes tórrido, a 200 kilómetros de Bogotá.

Llano adentro

De las cuatro zonas en que está dividido el territorio de la palma en Colombia, la Oriental es la que tiene más hectáreas sembradas y mayor producción. La componen 21 municipios y 23 plantas de beneficio en cinco departamentos: Arauca, Casanare, Cundinamarca, Meta y Vichada.

Hemos llegado aquí por esa carretera de lujo que une a Bogotá con Villavicencio, y que sigue triunfal durante 108 kilómetros hasta Barranca de Upía. Salimos y entramos de Cundinamarca y del Meta, y casi tocamos Casanare, serpenteando en esta comarca de nombres como: Paratebueno, Cabuyaro, Cerro Grande, Río Metica, Río Upía y el mismo Guaicaramo, a cuya zona central arribamos después de recorrer una carretera destapada entre esta flora de Vorágine en la que anidan las corocoras.

Una de las claves del éxito de la Zona Oriental puede radicar en que hay posibilidades ciertas de transportar lo que se cultiva. Por eso el Llano es una despensa, surtidora providencial de la capital. Todo tan distinto a otras multiplicadas áreas de Colombia, en donde falta Estado, y el campesino y su familia se deterioran como sus frutos a la orilla de las carreteras.

Aquí se aprecia la pujanza y las ganas de echar pa'lante. Las mismas cualidades con que Dora Ligia, o “Dorali”, como le dicen sus amigas que ya la aprecian como una mujer famosa, se ha enfrentado a la vida.

Del desierto a la Tierra Prometida

Dora Ligia ha establecido un pacto con la adversidad. Cláusula única: no dejarse vencer por ella.

Cuando todas las barreras se levantaban para que no pudiera estudiar, se alojó en Granada y Tauramena, y sacó del SENA sus cartones como Técnica en Administración de Empresas Agropecuarias y Tecnología Agroindustrial.

Hay que ver lo que significa la labor campesina en Colombia -esa relación ardua y a la vez raizal con la tierra-, para entender el periplo de Dora Ligia por los oficios de la palma de aceite, que comenzó a los 21 años. Junto a los hombres fue cosechadora y polinizadora, y no tiene problema para dejar su escritorio y el aire acondicionado y meterse de cuajo en el monte.

Se ha adentrado, también, en el área chica de un deporte otrora masculino como el fútbol. Y aunque no se le dio su paso a las ligas mayores, hoy está al frente de la Corporación Deportiva y Social Real Villanueva. Su obsesión no es solo jugar, que le encanta, sino ayudar a tantas niñas y tantos niños, para que tengan las mismas oportunidades que ella ha recibido de la vida. De ahí esta definición:



“Somos un grupo de mujeres y hombres organizados como persona jurídica, del municipio de Villanueva, que tomamos una actitud valiente, inteligente y con un compromiso social por nuestra comunidad, queriendo transformar nuestro entorno mediante programas y procesos formativos a partir del deporte, la recreación y el arte a disposición de los niños, niñas, jóvenes y adultos mayores de estos sectores vulnerables”.

Ella asegura que ese empeño en la tarea social -para que otros reciban los beneficios que la palma y Guaicaramo han proveído a Dora Ligia y a sus hijos desde hace 12 años-, fue el empujón definitivo para que ganara el Premio a la Mujer Palmera Campesina 2016, en su octava versión.

Hay que verla esa noche del miércoles 25 de mayo. Está en primera fila del Centro de Exposiciones, Cenfer, ubicado en la vía Girón Km 6, junto a las otras dos candidatas. Y después, elegante y risueña, vestida



Premio Mujer Palmera Campesina 2016, XLIV Congreso Nacional de Cultivadores de Palma de Aceite, Bucaramanga

de blanco, que así posa con el diploma del triunfo, junto a Jens Mesa Dishington, Presidente Ejecutivo de Fedepalma.

Con el aporte económico del premio hizo maletas y se fue con su niña y su niño para Cartagena, a celebrar ese regalo de la vida.

Villanueva y vida nueva

“Mi vida ha sido un poco dura”, dice. No hay duda. Y esa calificación engloba algunos pendientes, como ser jugadora profesional de fútbol de salón o tener un título universitario, logros sobre los que ella misma opina que “no se me dio la oportunidad, porque Dios tenía otros planes para mí”. La mirada se le va, entonces, a una extensión de pasados que se pierden en el horizonte que empieza a ruborizarse.

Pero es breve ese extravío en la nostalgia. Uno de sus postulados en la existencia es mostrar siempre seguridad. “Más con los hombres”, dice. Una determinación de riel con la que va a cumplir el propósito que sus hijos sean profesionales y con la que va evitar que tantos niños y jóvenes de su municipio se pierdan en la droga y en el vicio.

El personal administrativo de Guaicaramo ha terminado las labores. La extractora no para. “Dorali” se despide de sus amigas que abordan sus carros. Se ajusta el casco y sube a su moto, que como la adversidad, parece más grande que ella. La domina. Pasará por Barranca de Upía y cruzará el río hasta Villanueva, un poco más de 10 kilómetros de aquí hasta su hogar en el sur del Casanare.

La noche empieza a cubrir el Llano extenso cuando nos despedimos. Dora Ligia se marcha y no mira para atrás.



Hacienda Guaicaramo, Barranca de Upía, Meta

Y si tuviéramos una casa...

En Yarima, corregimiento de San Vicente de Chucurí, uno de los 11 municipios palmeros de Santander, cuatro integrantes de la familia Preciado, que vino desde Tumaco, desgranan el racimo de sus sueños.



Familia Preciado

Tienen en común hablar con pocas palabras y mucha nostalgia, quedarse de repente mirando un horizonte incierto y estallar en sonrisas pasajeras que alumbran en sus rostros negros de piel y de sol bajo los cascos verde y amarillo.

Pero cuando se alinean frente a la góndola marcada con el nombre Palmeras de Yarima S.A., y espantan los insectos incansables que los asedian entre la humedad y el calor, los cuatro integrantes de la familia Preciado son diferentes.

Luis Alberto Preciado Ramos, el papá, que trabaja como cosechero, es jovial, pero hay que sacarle las palabras con tirabuzón. Dilia Valencia, la mamá, tiene en su hablar la cadencia musical del Pacífico y una voz suave que está siempre apegada a la esperanza y resplandece victoriosa con una dentadura nívea.

Los hermanos que están aquí son distintos. Gustavo Adolfo lleva una camiseta roja, y su ánimo reside preferentemente en la alegría. Marco tiene un saquillo con el logo de Millonarios. Habla serio. Piensa mucho en sus hijas pequeñas. Rastrilla con sus botas amarillas la tierra que no deja de mirar.

Todos trabajan en los cultivos de la palma de aceite que tienen en el Municipio de San Vicente de Chucurí las empresas Agroindustrias Villa Claudia S.A. y Palmeras de Yarima S.A.

Los hombres trabajan como cosecheros. Dilia es polinizadora.

Son de Tumaco, Nariño, a 1.363 kilómetros de aquí.

La tierra de la princesa

Como ha ocurrido y ocurrirá con otros recorridos de “los frutos de la palma”, la vida se pone dura a pocos metros de las buenas carreteras. Y uno celebra que estén progresando las de Cuarta Generación-4G, pero entiende que la paz radica en las vías terciarias.

Es domingo y viajamos de Bucaramanga, la capital de Santander, a Barrancabermeja, con el calor fluvial y pegajoso del Magdalena Medio. Durante las dos horas y treinta minutos que nos toma recorrer 115 kilómetros, la vista coquetea con el Río Sogamoso en la distancia y con una parte de las 7.000 hectáreas de su represa hidroeléctrica.

Barrancabermeja es la sede de la refinería petrolera más grande del país. Por el vaivén del precio, se creería que el oro negro y sus regiones vivieron mejores épocas. Pero parece que las bonanzas que produjeron las altas cotizaciones entre 2013 y 2014 no pasaron por acá.

La ciudad es la capital de la Provincia de los Yariguíes. Los indios llamaban “La Tora” a un caserío que descubrió Gonzalo Jiménez de Quesada. Y justamente por la bella esposa del cacique Pipatón, que tenía la semilla del carácter que impera por acá, y que los españoles le cobraron con sevicia, se bautizó “Yarima” el corregimiento al que llegamos el lunes.



Los 38 kilómetros son de calzada abrupta -cortada únicamente por el cruce con la Carretera Panamericana-, que se emparenta con las calles destapadas del pueblo. Nos recibe el ingeniero Miguel Ángel Díaz Durán, Director Agronómico de Palmeras de Yarima, que acaba de ganar en la XIV Reunión Técnica Nacional de Palma de Aceite, de Cenipalma, con su trabajo “Modelo sistematizado de fertilización por tasa variada en condiciones no mecanizadas”.

Fue justamente este hombre que es una excelente persona, y que prolonga en su accionar la bondad de Claudia Otero, gerente de las dos empresas, y sus colaboradores, quien promovió hace siete años el traslado de los Preciado desde su ardiente Tumaco.



Yarima, San Vicente de Chucurí, Santander

Arde Tumaco

Lo relata Luis Alberto, lentamente y con palabras esquivas.

La región había sido assolada por la Plaga del cogollo. El cálculo acerca a 35.000 las hectáreas arrasadas. Una debacle económica y social, sobre todo para quienes, como Luis Alberto, suman 27 años trajinando con el cultivo y han pasado del burro al búfalo y saltado de este a la maquinaria.

La región no se ha recuperado. En Tumaco están sembradas de coca más de 23.000 hectáreas. La tasa de homicidios del país en 2017 ha sido la más baja en tres décadas (menos de 24 por cada 100.000 habitantes), pero en este municipio del Pacífico que antecede el nombre de “San Andrés”, el crucificado, está en 75, porcentaje por donde pasan los índices de pobreza y desempleo.

“El 25 por ciento de los trabajadores aquí son de Tumaco”, dice el ingeniero Miguel Ángel.

Luis Alberto y Dilia han vivido entre los cultivos de palma. Al venir a esta tierra, que también ha padecido la plaga de los frentes guerrilleros y los paramilitares, cambiaron de lugar pero no de calor. De clima, corrijo...

La madre de Luis Alberto era contratista de Palmeras del Mira y de Palmeiras S.A. Él se vinculó al cultivo desde los 16 años. Prestó el servicio militar en Buga. Y después se quedó esperando a un “enviado” que había quedado de contratarlo para jugar en el Deportivo Pasto.

La jugada de los menores

En Tumaco, y en general, con sus habitantes, no se puede dejar de hablar de fútbol.

En sus canchas raspadas han comenzado a tocar el balón glorias del fútbol colombiano como Willington Ortiz, Leider Preciado, Mauricio Casierra, Domingo “Tumaco” González, Carlos “la gambeta” Estrada, Jairo Castillo y recientemente, Pablo Armero y Carlos Darwin Quintero.

Pero esa lista es insuficiente.

En Tumaco es axioma que la pobreza se puede regatear con la gambeta del éxito.

Luis Alberto era buen jugador. No llegó a las alineaciones profesionales. Tampoco Gustavo Adolfo, que hoy, con 21 años, está trabajando aquí, muriéndose de ganas por volver a retomar sus estudios universitarios de los que no pudo completar sino un semestre. Sueña con venir a trabajar a Palmeras de Yarima, pero convertido en un profesional. Es, también, la ilusión de Dilia. Un ingeniero. Marco jugó, juega, pero está casado y tiene dos hijas.

Y sin embargo, esa carga de ansia futbolística la están llevando como laureles los tres hijos menores. Diana Marcela y Mayerli juegan en Alianza Petrolera. Lo hacen muy bien. Como su hermano, Miguel, que ya está enrolado en un club en Bogotá.

Todo parece indicar que van a cumplir el sueño.

Yo tengo ya una casita

Dilia, que habla con fluidez y por la vía 4G de la esperanza, agradece, como todos, los beneficios que ha recibido por trabajar en el cultivo de la palma.

Quiere ver a sus hijas consagradas en el fútbol femenino. A Miguel convertido en un James Rodríguez o un Jerry Mina. O un Pablo Armero, para que quede entre tumaqueños. Sueña con que Gustavo Adolfo tenga una carrera. Y que Marco saque adelante su hogar.

Y sobre todo, levanta ladrillo a ladrillo en el terreno propio de su mente, una casa. Con una casa suya donde vivir, y sin esta aspiradora del arriendo por donde se les escapa gran parte de los ingresos, podrían vivir mejor, comprar otras cosas, darles regalitos y ropa a las niñas de Marco.

Sus ojos refulgen cuando le hablo del proyecto de vivienda que a me-

nos de un kilómetro de aquí donde estamos hablando, están construyendo las empresas para sus trabajadores. Creo que en los momentos que hemos compartido -entre el ruido de insectos que zumbaban frente a la góndola y al lado de la piscina en la sede administrativa-, es ahora cuando su expresión se reconforta más con el porvenir.

Volvemos a Yarima, donde nos espera el conductor para partir hacia Barrancabermeja. Miro las casas del proyecto, en ciernes a la orilla del camino. Evoco los ojos de Dilia. Y me parece que desde una ventana asoma su sonrisa, mueve la mano y nos dice adiós.





Yarima, San Vicente de Chucurí, Santander

La palma vista con lupa

Durante 25 años, el ingeniero agrónomo nariñense Juan Carlos Castillo ha trabajado en la Hacienda Las Flores, un hito en la historia de la agricultura y el cultivo de palma, contrariando felizmente al destino que lo trajo por seis meses desde Pasto a esta tierra caliente del Cesar.



Juan Carlos Castillo

Aunque la pared está cubierta por la pintura blanca y las rejas tienen el mismo color naranja de las instalaciones del actual laboratorio de investigación, este pequeño galpón está en ruinas.

El ingeniero agrónomo Juan Carlos Castillo, Director de Investigación y Desarrollo del Grupo Empresarial Oleoflores, llega hasta acá cargado de recuerdos.

“Hacía mucho calor, entonces”, afirma, señalando una ventosa en la pared por la que corría un aire frágil que no paliaba los 35 grados de temperatura del lugar. Hace 25 años, los cumplió el 14 de septiembre de 2017, siendo estudiante, llegó aquí a contar insectos malignos. Extendía las muestras de la plaga que capturaba en la plantación para analizarlas. A veces, el viento -las brisas de enero, dice- se rebelaba y se llevaba a los parásitos y con ellos el trabajo ingente de sanidad vegetal.

No importaba. Había hecho la apuesta de su vida. Él, que nació en el frío de Samaniego, Nariño, a 1.600 kilómetros de aquí, y 1.750 metros sobre el nivel del mar, había sido elegido por funcionarios de Cenipalma para trabajar en la Hacienda Las Flores en el departamento del Cesar. Se vino desde Pasto por seis meses, y aquí terminó su trabajo de grado de la Universidad de Nariño, escarbando en el estudio de los insectos polinizadores. Y se quedó.

Cuando mira “el ranchito”, como califica su lugar de trabajo de hace un cuarto de siglo, piensa que entonces no tenía los microscopios ni los aparatos con los que cuenta ahora. Solo una lupa con la que miró las sabandijas con los ojos y la curiosidad de la juventud.

Historia de Las Flores

Las áreas palmíferas del departamento del Cesar hacen parte de las zonas Norte y Central de ese cultivo en Colombia.

Hemos recorrido los casi 63 kilómetros que separan a la capital, Valledupar, de Codazzi, una población a 121 metros sobre el nivel del mar. Comenzó llamándose “Espíritu Santo” y era conocida como “la ciudad blanca” cuando sus tierras hacían parte del extinto imperio del algodón.

Cuando el estudiante Juan Carlos Castillo llegó acá, en 1992, la zona era candela por el accionar de los grupos ilegales. Lo radicaron en Codazzi, llamada así en honor al ingeniero militar italiano Agustín Coda-



Hacienda Las Flores, Codazzi, Cesar



Hacienda Las Flores, Codazzi, Cesar

zzi, que pasó a la historia por sus labores como geógrafo y cartógrafo, en la Urbanización Las Palmeras. Muchas veces tuvo miedo de salir.

Desde allá venía en moto a la Hacienda Las Flores, del hoy Grupo Empresarial Oleoflores, líder en el cultivo de palma con más de 1.600 trabajadores. A un lado de la carretera están las instalaciones administrativas. Al otro, el auditorio y la cafetería.

Castillo fue contratado por Murgas & Lowe, como se llamaba entonces la compañía. Murgas, por la familia fundadora, con 110 años de presencia en el campo colombiano. Y Lowe por Sir John Walter Lowe, con quien se había asociado el Ingeniero Agrónomo Carlos Murgas Guerrero, que en 1976 conoció en Malasia los cultivos de palma.

La hacienda familiar Las Flores se había dedicado a cultivos transitorios -arroz, algodón, sorgo. En 1978 sembraron en ella las primeras 380 hectáreas de palma. Cuando arribó el estudiante Castillo ya existían aquí el Jardín I y II -este último con la dirección conjunta de Lowe y Guillermo Vallejo-, y estaba en marcha el plan de semillas “Dami Las Flores”. También, y desde 1983, trepidaba la primera planta extractora.

El camino del que sería posteriormente el Grupo Empresarial Oleoflores está lleno de sucesos, conocidos y compartidos con Juan Carlos Castillo en los últimos 25 años. Más del 90 por ciento de las casi 50.000 hectáreas del Grupo Empresarial Oleoflores operan bajo el Modelo de Desarrollo Socioeconómico de Alianzas Productivas, que Murgas puso en marcha como Ministro de Agricultura, en 1998.

Contento de vivir aquí

Ha conservado el acento de Nariño, invulnerable al contagioso tono de esta tierra de la cual vive enamorado. Confiesa que el baile no es su fuerte y que prefiere escuchar el vallenato.

Castillo asegura que para él, nacido en la reserva y la discreción de la montaña en el suroccidente colombiano -Samaniego es uno de los municipios incluidos dentro de las Zonas Más Afectadas por el Conflicto-ZOMAC-, el secreto de la felicidad fue entender la idiosincrasia de la región.

A lo cual le ayudó Aminta Fernández, con quien se casó hace 20 años, y con quien vive hoy en Valledupar en compañía sus hijos, que son de acá.

Hablamos mientras las regaderas refrescan las plantas del bello vivero, desde el cual se divisa la Serranía del Perijá, una frontera natural del municipio de Codazzi y de Colombia con la República Bolivariana de Venezuela.

Hoy Castillo supervisa seis jardines, sumados los de la Hacienda Las Flores y las plantaciones de María La Baja y el Catatumbo. El grupo está presente en siete departamentos, con 36 asociaciones.

El cultivo de palma ha cambiado. Las plantas que daban fruto a los cuatro años, hoy se toman 24 meses. El grupo procesa 405.000 toneladas de racimos de fruta fresca al año y espera llegar a 800.000. Es el primer productor de biodiésel en Colombia.



Hacienda Las Flores, Codazzi, Cesar

Castillo es obsesivo con el cuidado y las buenas prácticas, un apóstol consagrado de los principios y criterios de la Mesa Redonda de Aceite de Palma Sostenible (RSPO por su sigla en inglés). Afirma que hay que dedicarse con seriedad al cultivo, y eso es lo que él hace en lo que corresponde a investigación y desarrollo de las miles de hectáreas de Oleoflores, que sumadas configuran un departamento un poco más grande que Risaralda. El clima de Codazzi es más bien refractario a las plagas, y la Pudrición del cogollo (PC) está esperanzadoramente tachada del cuaderno.

Hay palma para rato

Comenzamos la charla con el ingeniero Castillo en su oficina sencilla, que preside un certificado enmarcado y colgado en la pared, en el que se certifica su participación en la Cuarta Conferencia Latinoamericana de la Mesa Redonda de Aceite de Palma Sostenible - RSPO, realizada en San Pedro Sula, Honduras, del 6 al 8 de agosto de 2013.

Recorrimos las instalaciones del área de Investigación y Desarrollo de la Hacienda Las Flores. Nos desplazamos al vivero de ensueño que se humedece al borde de la Serranía del Perijá, el ramal más septentrional de la cordillera de Los Andes. Y husmeamos en la casita ruinosa, donde Castillo contaba insectos hace 25 años y los escudriñaba asombrado con una lupa escolar.

Ahora cruzamos la carretera. En el auditorio están graduando a los bachilleres 2017 del colegio con el que cuenta la Fundación Educativa Nuestra Señora de Las Flores, que da enseñanza gratuita a 250 jóvenes, hijos de los trabajadores.

Castillo se despide. Vuelve a lo suyo. El año 26 ha comenzado y hay mucho qué investigar.



Hacienda Las Flores, Codazzi, Cesar

El propósito de una vida mejor

Están juntos desde hace 27 años desde cuando se conocieron en La Dorada, Caldas. Eyder Salvador y Ruth Cecilia han trabajado duro y cumplieron en Yarima los sueños de tener casa propia y levantar a sus hijos como personas de bien.



Eyder Salvador y Ruth Cecilia

La tarde oreada que nos encontramos con Eyder Salvador Tovar Ortiz y su esposa Ruth Cecilia Escudero Acevedo, faltaba una semana para que se cumpliera el gran sueño.

Llegaron de la mano, como suelen andar y vivir, a la sede administrativa de Agroindustrias Villa Claudia S.A.

Ella, delgada y menuda como un suspiro, con una camiseta blanca, venía de hacer su turno de cocina en el Restaurante Copete, en Yarima. Él, que tiene el tamaño de su esposa, pero es acerado y firme, acababa de terminar su jornada como cosechero en el Lote 25.

Al hablar acarician su acento caldense, ella de Viterbo y él de La Dorada, a 230 kilómetros de aquí, de donde salieron hace nueve años para seguir siendo entre la palma de aceite lo que siempre han sido: campesinos y sencillos.

Cuentan su vida –los 27 años que llevan juntos como marido y mujer después de pasar cinco años como amigos. Repiten y repiten el verbo trabajar casi como la única actividad de su existencia. Agradecen a la empresa y a Claudia Julieta Otero Rivera, su gerente, por todo lo que les ha ayudado, y a Mónica Fuentes, de Gestión Humana, que ha pasado todo el día coordinando el encuentro...

Pero no están aquí.

Están vestidos con elegancia, junto a sus hijos –la mayor, la bonita Luz Viviana, 26 años, y el menor, Juan Camilo, de 12 años. Y en el centro, con su uniforme azul oscuro de suboficial de la Fuerza Aérea Colombiana, su orgullo llamado Daniel Salvador Tobar Escudero, de 23 años, para quien se quedan cortas las palabras de elogio y admiración que se ahogan en el amor de sus padres.

La casa sobre la roca

Salvador y Cecilia son una pareja, una sociedad, una llave, una compañía, un equipo.

Desde siempre.

Administraron juntos una finca en La Dorada. Y luego se vinieron para acá. Ella recuerda en este lugar, que se mueve alrededor del parque principal que muerde la carretera Altamira-Carmen de Chucurí, a la señora Fanny Díaz y el trabajo en el Supermercado Los Millonarios y en Variedades Lorena.

Eyder Salvador se vinculó directamente a Agroindustrias Villa Claudia S.A. Santander es uno de los siete departamentos palmeros de la Zona Central. Tiene 11 municipios dedicados al cultivo -San Vicente de Chucurí, al que pertenece Yarima, es uno de ellos-, 74.520 hectáreas sembradas en 2016.

Como recolector, a Eyder Salvador le pagan un básico y de ahí en adelante, lo que pesen los racimos que logre cortar con el cuchillo malayo. Hubo épocas, dice, de 800 racimos. Hoy se mueven entre 200 y 300. Cree que el clima ha cambiado.

Lo que nunca se ha modificado ni alterado es su propósito de salir adelante en la vida. De darles a sus hijos una vida mejor. Hacerlos personas de bien.

En el 2003, con una plata que habían ahorrado, compraron un lote. El barrio donde cercaron tendría un nombre premonitorio: El Progreso. Les





Yarima, San Vicente de Chucurí, Santander

costo \$ 500.000. Hicieron la casa con un sistema de ensamblado llamado machimbre. Duraron dos años en obra negra. Y solucionaron esa cuenta que succiona mensualmente, por la vía del arriendo, el presupuesto de otras familias.

La casa propia es una condición de vida.

-Queda aquí, pasando estas palmeras -dice Eyder Salvador, señalándome la parte posterior de la sede administrativa de Agroindustrias Villa Claudia S.A.-. Pero nos toca dar la vuelta.

En este lugar con sala, comedor, cocina y un corredor que divide esos espacios con el de las habitaciones, y un patio, han levantado a sus hijos. Luz Viviana Tobar Escudero, la mayor, vive en Bucaramanga. Trabaja en el SENA. Juan Camilo, que tiene el aspecto de un niño aplicado, está estudiando. Recibe el cuidado de sus padres. Y tiene el ejemplo de sus hermanos.

Daniel Salvador, el de la mitad, el protagonista del sueño inminente, trabajó en Palmeras de Yarima. Su vida cambió cuando se fue a la Base Aérea localizada en Puerto Salgar - Palanquero a prestar el servicio militar. Ese era su destino.

Entre 2014 y 2015 pasó los papeles para ser admitido en la Escuela de Suboficiales “Ct. Andrés M. Díaz”, -ESUFA- ubicada en Madrid, Cundinamarca. De 2.000 aspirantes quedaron preseleccionados 17. Y de esos, el filtro no dejó pasar sino a tres. David Salvador estaba entre ellos.

Eso, dicen Cecilia y Salvador, como se refirieron a la casa, “es una dicha”. No cesan de agradecer la ayuda que les suministró la doctora Claudia Otero, que les prestó fácilmente para pagar los semestres y le regaló a David Salvador todo lo que le pidieron. Y que les obsequió los pasajes para que la próxima semana viajen desde Bucaramanga a Bogotá, y asistan en Madrid al grado de su hijo.

El vuelo de David

A excepción de Eyder Salvador, que lleva un vestido negro, pero tiene una corbata de tono marino sobre la camisa blanca, todos están vestidos

de azul. Ruth Cecilia luce elegante al lado de su hijo David Salvador, que abraza a sus padres con su uniforme de la Fuerza Aérea Colombiana. Juan Camilo tiene una expresión que viaja entre el asombro y la timidez.

Fue un día maravilloso, el del gran sueño, en Madrid, Cundinamarca, presidido por el esquivo sol sabanero. La Escuela de Suboficiales Comandante Andrés M. Díaz – ESUFA se encarga de la formación militar y académica de los suboficiales de la Fuerza Aérea Colombiana. La ceremonia es con motivo del ascenso del personal de Alumnos del curso N° 90 de la Escuela de Suboficiales al grado de Aerotécnicos. Entre ellos está David Salvador.

Las familias no pueden contener la emoción de ver a los alumnos elegantes y victoriosos. Han culminado un esfuerzo de dos años. Se suman a los 9.000 egresados de las aulas de ESUFA, que en 2017 cumplió 85 años de fundada. Están aquí, el General de Brigada de Transmisiones José Alfredo Ortega Reyes, el Agregado Militar y Aéreo de México, el señor Coronel Mauricio Reyes Díaz, Director de ESUFA, representantes de las Agregaduras Aéreas de diferentes naciones latinoamericanas en el país. autoridades de la Escuela, líderes de grupo y jefes de las tecnologías.

Y muy especialmente, las familias.

Tobar Escudero David Salvador es uno de los 199 suboficiales que asciende al grado de Aerotécnico de las Fuerza Aérea Colombiana. Este



David Salvador

2017 estuvo tres meses en San Antonio, Texas, en la IAAFA “Academia Interamericana de las Fuerzas Aéreas”. Con otros 42 compañeros realizó cursos de profundización para el fortalecimiento de las competencias de los futuros Suboficiales.

Eyder Salvador asegura que esto se lo debe a la palma, a las empresas de Yarima, “a la doctora Claudia y a Mónica”. El cogollo, el racimo y la palmera de este triunfo es la alianza que Salvador y Cecilia tienen desde hace 27 años. A la palabra que repiten y practican: trabajo. A que vuelvan a su casa de “El Progreso” tomados de la mano, como llegaron aquí.



Puerto Wilches, Santander

Del autor

Carlos Gustavo Álvarez G. nació en Bogotá (1957). Comenzó su carrera periodística en El Tiempo, que para entonces publicaba los jueves la revista Elenco, de la cual, luego de ser colaborador durante algunos meses, fue su director por seis años. Entonces comenzó su labor como columnista de prensa, tarea en la que ha cumplido 37 años de práctica continua e ininterrumpida y que ejerce actualmente los viernes en el diario económico Portafolio.

Ha sido editor cultural de El Tiempo y de su Edición Dominical, subdirector de Cromos y editor de la Revista Credencial. Escribió los libretos de la telenovela Calamar, los seriados Parejas, Don Camilo y El carretero.

Ha escrito y publicado 15 libros, entre los que se cuentan: Siete lecciones espirituales, Paisas en Bogotá, Bogotá de Memoria, La vuelta a Bogotá en un poco más de 500 años, En boca cerrada, Regálame una mascota, Lecciones financieras de mamá, Angelita y Tome pa' que lleve el libro, este último una colección de sus columnas de humor, con prólogo de Daniel Samper Pizano y caricaturas de Mheo.

Hizo su incursión en el mundo de publicaciones digitales con el eBook de sus poemas Muy breve es la vida. Y acaba de realizar el primer audiolibro digital en formato de radionovela, basado en su libro ¡Chef!, No. 1 en iTunes y distribuido en 45 plataformas para más de 100 países.

Concibió Frutos de la palma de aceite: empleo formal y negocios inclusivos en marzo de 2016, animado por las historias presentadas al Concurso de la Mujer Palmera Campesina. Eran para él experiencias tan fascinantes, que propuso relatar las historias de la gente del cultivo, viajando a sus zonas de residencia y de trabajo y conversando con los protagonistas en el quehacer de sus jornadas laborales.

Una conjunción de favorables circunstancias permitió que a finales de 2017 comenzara su viaje por la Colombia palmera. Se desplazó a Tibú, Tumaco, Yarima, Villanueva y Codazzi, en una epopeya de sorpresas, para conocer el país que cubre y cuenta la palma.

Esta publicación es propiedad de la Federación Nacional de Cultivadores de Palma de Aceite, Fedepalma, por tanto, ninguna parte del material ni su contenido, ni ninguna copia del mismo puede ser alterada en forma alguna, transmitida, copiada o distribuida a terceros sin el consentimiento expreso de la Federación. Al realizar la presente publicación, la Federación ha confiado en la información proveniente de fuentes públicas o fuentes debidamente publicadas. Contiene recomendaciones o sugerencias que profesionalmente resultan adecuadas e idóneas con base en el estado actual de la técnica, los estudios científicos, así como las investigaciones propias adelantadas. A menos que esté expresamente indicado, no se ha utilizado en esta publicación información sujeta a confidencialidad ni información privilegiada o aquella que pueda significar incumplimiento a la legislación sobre derechos de autor. La información contenida en esta publicación es de carácter estrictamente referencial y así debe ser tomada y está ajustada a las normas nacionales de competencia, Código de Ética y Buen Gobierno de la Federación, respetando en todo momento la libre participación de las empresas en el mercado, el bienestar de los consumidores y la eficiencia económica.

Autores de fotografías

RENÉ OSPITIA

Págs. 11, 17, 21, 31, 33, 35, 36 (izq.), 37, 39, 42, 47, 49, 51 (der.), 55, 57, 58, 61, 62, 63, 65, 66, 68, 74

FRANCISCO TORO

Guardas, págs. 10, 13, 14, 18, 26 (izq.), 29, 30, 36 (der.), 38, 46, 78

CARLOS GUSTAVO ÁLVAREZ

Págs. 16, 22, 25, 26 (der.), 41, 51 (izq.), 70, 71, 73, 76

ESTEBAN MANTILLA

Págs. 44 y 52

EDWIN LEMUS

Págs. 54



**Federación Nacional de Cultivadores de Palma de Aceite,
Fedepalma**

Síguenos en:



www.fedepalma.org